

Karma

Aurora

Reinier del Pino Cejas (La Habana, 1980) Licenciado en Contabilidad y Finanzas. Periodista. Escribe poesía, cuento, teatro y ensayo. Ha sido galardonado en certámenes de Cuba, España, Chile, México, Uruguay, Argentina y Puerto Rico. Sus premios y menciones más significativos son: Primer Premio en Poesía en la II Justas Literarias de San Ginés de la Jara (España, 2017); Ganador del V Certamen Literario Enrique Segovia Rocaberti (España, 2017); Premio del III Festival Nacional de Sonetos (Cuba, 2017); Premio en el VI Concurso Nacional Benigno Vázquez Rodríguez (Cuba, 2018); Primer Premio en Ensayo del Certamen Internacional Hacia Ítaca (Argentina, 2018); Primer Premio del IX Certamen SADE (Argentina, 2018); Mención Concurso José Jacinto Milanés (Cuba, 2018); Mención de Honor en el Primer Concurso Literario Rutas del Amor y el Desamor (Chile, 2018); Premio del IX Certamen Literario Ricardo León (España, 2019); Premio Concurso literario Carlos Jesús Cabrera (2021) y Premio del Concurso Nacional de literatura humorística Juan Ángel Cardí (2022). Ha publicado *Por los valles de mis sueños* (Poesía infantil, Unicornio. Cuba. 2021), *Canto a Nuestra América* (Poesía, Amazon. 2020), *Karma* (Cuento, Cubaliteraria. 2022) y *Siete días sin Yrla* (Cuento, Cubaliteraria. 2023). Obras de su autoría aparecen en antologías publicadas en Cuba, España, México, Uruguay, Chile y Puerto Rico. Sus trabajos periodísticos han sido premiados en múltiples eventos de la Radio y la Televisión. Ha colaborado en el periódico *el artemiseño*, la revista *La Diana*, *El Caimán Barbudo*, *La Jiribilla* y el Portal WEB de la UNEAC.

ÍNDICE

Salida de emergencia	9
Censura	15
La esencia de la vida	23
Escritor de provincia	29
La niña de papá	35
Última disonancia para Rachel	43
TRES TIEMPOS DE UNA NOCHE.....	47
Aniversario	49
Rojo y blanco	55
Desde el palco	61
Karma.....	69

Karma

Reinier del Pino Cejas



Premio Carlos Jesús Cabrera UNEAC 2020

Jurado:

Cira Romero

Osvaldo de la Caridad Padrón

Javier Cruz Roque

no tendrá importancia el corazón infartado. Partido casi al medio de sufrimiento y agonía ¿Volverá el negro a sus andanzas? ¿Ochún reaccionará con furia sobre ustedes? Envuelves el paquete. No tienes miedo. Los santos harán lo suyo sin importar tus acciones o tu voluntad. Todo es cuestión del karma. Levantas el teléfono. Ven dentro de una hora. Por la puerta de atrás. Trata de que nadie te vea. Cuelgas el auricular y sonríes. Trescientos pesos constantes y sonantes. Esta noche, después del trabajo, vas a dar de comer al *animal*.

Edición: Berkis Aguilar Mazola

Corrección: Ana Margarita Valdés Castillo

Diseño de cubierta: Noel Pérez García, basada en fotografía tomada por Denis San Jorge

©Reinier del Pino Cejas, 2025

©Sobre la presente edición

Editorial Unicornio, 2025

ISBN 978-959- 218-529-6

Editorial Unicornio.

Centro Provincial del Libro y la Literatura de Artemisa

Calle 48 No. 2701 / 27 y 29. Artemisa

ella te hubiera gustado uno rojo. Con pendientes más largos. Con un pañuelo al cuello como las grandes damas. A fin de cuentas, la Rusa era una personalidad de la cultura. Nadie puede negarlo. Con ellos vino José, el gordo. Te obsequió una merienda. Pan con jamón y una lata de refresco frío. Un día de suerte para algunos. Un día menos para la Rusa. Para el gordo una merienda no es nada. Se la pasa viajando. Cabo Verde, Sudáfrica, Guatemala. Ves alejarse la camilla hasta el carro fúnebre. Saludas al chofer y su asistente. Cada uno con su refresco y su pan. Cada uno en su puesto haciendo lo que le pagan por hacer. Cumpliendo con su servicio a la población. Una jornada de ocho horas equivalente a un pan con jamón y una lata de refresco. Tan cercanos como tú a la muerte.

Regresas a la paz de tu santuario. Ahora solo. Sin nada qué hacer hasta la próxima llamada del doctor de la Osa. El día es joven. La Rusa también era joven, a pesar de sus patas de gallina. Piensas en que te gustaría haberla conocido mejor. Quizás en el fondo no era una mala persona. Quizás no era su culpa. Reaccionas. Recuerdas el encargo de Oriente. Con el trabajo a veces la mente te falla. Tienes que ver a un especialista. Contarle lo que te pasa. Tanto tiempo entre cadáveres puede afectar a cualquiera. Ahora parece sencillo. Pero luego... La gente es mala.

Vas hasta el cubo. Lo tomas por el asa y viertes el contenido sobre la mesa de preparación. Extraes con cuidado. Corazón. Hígado. Riñones... Lo necesario para el ashé de Ochún que Marilú le encargó a Oriente. Con estas vísceras y un poco de miel de abejas de la tierra podrá agradecerle a la Santa del río su victoria en la batalla por su hombre. Dice Oriente que allá en su tierra funcionan mejor las humanas que las de animales. Te preguntas si

*A Mercy, quien debió haber llegado antes a mi vida.
A mis hijos, que crecieron demasiado rápido.
A Alfredo, que se nos fue temprano.*

*A mis viejos, María y el Bienve,
mis hermanos,
mis amigos y mis enemigos.*

llevó el vehículo sin pasajeros. Anduvieron de la mano hasta la casa y días después la matricularon en la facultad para que no se quedara sin el doce grado. Desde ese día la Rusa no fue la misma. Algo se había roto en la mujer áspera y centrada. En la dirigente objetiva y calculadora. Todos tenemos un lado débil.

Después fue lo del curso de jóvenes escritores. Cosa del karma. A la larga la Rusa no era la responsable pero le aplicaron una medida cautelar. Seis meses estuvo sin trabajo. Seis meses pagando el incidente con arma blanca entre dos alumnos. A tus oídos llegó que fue cosa de muchachos. Se pelearon por una novia. La riña venía de atrás. Lo cierto es que a la Rusa la encerraron en su casa. No pidió clemencia. Esperó paciente el veredicto de la comisión y regresó a su puesto sin discursos. Como si el tiempo no hubiera pasado. Después se supo lo del abandono del marido. Tantos años de matrimonio. Tanta entrega. La renuncia a lo suyo, a su cultura y el tipo le salió maricón. Algunos se rieron de su desgracia. La gente es mala. La hija se fue a vivir con el padre y su nueva pareja. La vida se la puso difícil. Le devolvía el daño que hizo durante mucho tiempo. Los deseos de venganza de tantas mentes llegaron canalizados a través de sus seres queridos. Los más cercanos. Ahora esperan afuera para vestirla. Vienen a componerla por fuera los que la rompieron por dentro. Ninguna mujer puede con tanto por fuerte que sea. Cualquiera habría muerto de un infarto al miocardio mucho antes. De la Osa no necesitaba examen para diagnosticarla. En este barrio todos se conocen. Cualquiera con un poco de sentido común habría dado en el clavo. Hasta Oriente que no sabe nada de medicina.

Abres la puerta para que pasen los familiares. Traen un vestido azul. No va con el carácter de la Rusa. Para

Los que requieren el servicio llaman por teléfono. No se atreven a profanar tu espacio. Algunos temen a la muerte. Otros respetan. Ninguno la conoce como tú. Sabes la diferencia entre el rostro de un infarto al miocardio y un shock séptico. Alcanzas a leer en las facciones si el fallecido sufrió o marchó tranquilo. Te es familiar ese lenguaje. No hay paz en el semblante de la Rusa. No podría haberla.

Dicen las malas lenguas, y la de Oriente que no es muy buena, que la chiquilla de la Rusa tuvo problemas en la escuela. La gente es mala. Verdad que está espi-gadita. En unos años echó cuerpo de mujer y aprendió a caminar como las cazadoras. Se rumora en el barrio que no es tan infantil. Que sabe registrar las portañuelas y es diestra con las armas del placer. Es una niña. Tienes escrúpulos. Te gustaría no tenerlos, pero los tienes. Una niña es sagrada. Una niña no puede tocarse, aunque sea una bandida. Porque lo guardan a uno y no ve más el sol. Mucha hembra dura hay en la calle para babearse con un cuerpo todavía oloroso a orine. Sí. Una niña es sagrada. A otros no les importa. Tú no te atreverías.

Se dice que la niña de la Rusa se metió con su maestro. El maestro también tuvo escrúpulos. Tampoco se atrevió. El maestro supo ser hombre y la dejó pasar. Ella insistiendo y él con evasivas. Ella buscando su hombría con insinuaciones y él con dolor en los güevos. Ella mostrando el escote y él cagándose en su madre hasta notificar al director de la escuela. Entonces la mandaron a buscar. La Rusa habló poco. Escuchó en silencio cada palabra y asintió con la cabeza. Por lo que sabes ese día la jovencita fue a montar en el carro de la Casa de Cultura y su madre la detuvo. Se fueron caminando. El chofer se

*Uno es mucha gente que se pierde en cualquier esquina,
un día,
sin saber cómo.*

MARILÚ RODRÍGUEZ CASTAÑEDA

Siempre hay una verdad detrás de la verdad.
VÍCTOR RODRÍGUEZ NÚÑEZ

Las apariencias engañan.
PROVERBIO POPULAR

que solo tú eres digno de la desnudez ajena. Ningún otro dispone de autoridad para la indiscreción. Luego de ti habrá solo adioses. Embajador plenipotenciario del purgatorio. Ajustas el nudo. Rematas. La Rusa ya está lista.

Reparas en la boca semiabierta. Rellenas. Cierras. Con esa boca criticaba. Ordenaba a sus subordinados. Maltrataba a la gente. Con esa boca abierta se sentaba en el portal a hacerles la vida un yogurt a los vecinos. Metida en todo. Con todos. Nunca contigo. Pero al pobre de Oriente lo tenía *fundío*. ¿Por qué no tiene trabajo? ¿A qué se dedica? ¿Cómo se mantiene? Cierras la boca con una presilla interior. Ya no podrá decir.

Terminas la faena y la contemplas. Por un instante te parece que duerme. Siempre te pasa lo mismo. Has pensado en hablar con alguien. Un profesional que te revise la cabeza para ver si algo anda flojo. Te da vergüenza. Decirle a Oriente sería exponerte demasiado a la vergüenza pública. Ese negro no es amigo de nadie. Iría corriendo a hablar con tu jefe. Le contaría a de la Osa. A la gente del barrio. Terminaría quedándose con tu plaza sin el menor remordimiento. Lo mejor es callarte. Mantener el silencio y aprender a vivir con las secuelas de estar tan cerca de la muerte. Lo mejor es callar. La gente es mala. La Rusa no está dormida. Descansa en paz. En paz. En paz...

La paz es una de las sensaciones que más disfrutas en las noches de guardia. Hace unos años probaste en una iglesia. No fue igual. Regresaste a tu cuarto con un nudo en el pecho. La sensación de deber algo. De estar sucio. La paz de la morgue es distinta. Paz de primera calidad. El silencio. La única compañía de tus pensamientos. Pura filosofía de un hombre y sus interioridades. Nadie molesta.

Los familiares están nerviosos y quieren salir de ese mal momento. Casi terminas. El médico cuelga sin escuchar del todo tu respuesta. ¡Viejo tarrú! Algún día tendrás su cuerpo aquí, en tus manos. Entonces se le bajarán los humos. Entonces...

Vuelves a la mesa de preparaciones. Allí está el cadáver a la espera de tus habilidades. Es el cuerpo de ella. El cuerpo de la Osa. Es un trozo de carne sin vida y representa todo lo que aborreces. Cortas con saña. Hundes la hoja afilada y disfrutas a tope tu minuto de gloria. ¿Por qué la gente come tanta mierda si al final todos vamos para el mismo hueco? Los buenos y los malos. Para el mismo hueco. Los ricos y los pobres, sin distinción. Para el mismo hueco. Aunque a algunos deberían enterrarlos boca abajo por si acaso. Para que nunca se levanten. Algunos han jodido demasiado al mundo. Las vísceras al cubo. El escupitajo sobre el despojo de órganos. Sí. Todos para el mismo hueco.

Comienzas a trabajar con la sutura. Cuidas el detalle. Sabes que esa es tu firma. Recomponer el cuerpo es una especie de símbolo. De fe en un nuevo comienzo. Con el tiempo te has vuelto romántico. Idealista. Oriente dice que eres un embajador de la muerte en la tierra. Peor. Un embajador de la muerte en una provincia sin importancia de un país insignificante, donde la diplomacia tiene particularidades distintas al resto del mundo. Tomas en serio el trabajo del cierre. La entrega del cuerpo tiene que ser perfecta. Vendrán a vestirla y deben encontrarla en condiciones. Tus cartas credenciales. Ni un solo descosido. Ni un descuido al colocar la carne en su sitio y sellar con la puntada. Te complace entregar el cuerpo a los familiares para que le coloquen el último atuendo. Sentir

Salida de emergencia

A Saúl, noble como ninguno

La tarde en la Habana tenía el color rosado de los viernes. Las sábanas aleteaban desde los balcones y enredaban sus manos en los guardavecinos. La calle transpiraba letargo. Un vaho de melancolía se mezclaba en el viento castigando los rostros con suaves bofetadas. Tomás caminó hasta el estanquillo de la otra acera. Compró un ejemplar de la revista *Bohemia* y la abrió casi sin mirarla. No estaba interesado en la lectura. Realmente no estaba interesado en nada. Con pasos cortos anduvo hasta la parada. Demasiada gente. Más de la que soportaría una tarde de viernes con tanto viento y los sonidos de la fábrica martillándole aún en el cerebro. Se sentó en un banco sin respaldo, junto a una mujer de unos cincuenta años y facciones masculinas.

—Hace cuarenta y cinco minutos que no pasa —dijo sin esperar la pregunta de Tomás—. Es mejor estar muerta que esperando esta ruta —y sacó del bolso un frasco de pastillas. La mujer tomó entre los dedos pulgar e índice uno de los comprimidos y lo engulló sin tomar agua.— Son para el corazón. Hay que cuidarse.

Tomás sonrió con una mueca preguntándose cómo una persona que decía preferir la muerte a la espera cuidaba tanto de su salud.

—El mundo está lleno de locos. ¿Quién soy yo para ir por la vida enjuiciando a los demás? La muerte es algo demasiado serio como para convocarla así. Ella sabrá.

La primera y única experiencia de Tomás con la muerte fue con su gato Moscow. Era un animal hermoso y, contrario a todos los de su especie, leal como ninguna mascota. En los días de la crisis dura vagaba por el barrio y lo sorprendía trayendo entre los dientes un bistec recién adobado o una minuta de pescado acabadita de freír. El pobre ladrón tenía buenos sentimientos y no pensaba solo en él. Compartía la “caza” con su dueño. Tomás le premiaba rascándole la panza y completando su menú con un vaso de leche.

Una tarde llegó de la fábrica y lo encontró frente a la puerta de su apartamento, inflado como un globo y con la boca llena de espuma. —Hijos de puta —dijo Tomás mientras recogía al minino en una bolsa de nylon. Aquella noche se acostó sin comer.

Pasó unos días espantosos. A todas horas le parecía escuchar el ronroneo de Moscow. Encontrarlo sentado en la ventana. Llegaba a casa esperando que el viejo felino lo recibiera con el abrazo de todo el cuerpo peludo contra sus piernas torpes. Terminó adaptándose a su ausencia. De aquel duelo se levantó con la intención de no hacer muchos amigos para evitar los sufrimientos.

Un soplo de aire caliente lo sacó de sus meditaciones. La mujer a su lado hablaba sin parar de las colas interminables en la oficina de correos, de la novela brasileña que es la misma mierda desde que comenzó y solo vale la pena por lo buenos que están los actores, y «no se atreva a mandar a arreglar su colchón de muelles porque a una amiga mía se lo rellenaron con paja seca».

actos con medida. Según Oriente, los del teatro celebraron la noticia abriendo una botella de vino. Ellos fueron sus víctimas. La Rusa los hizo tierra en su columna crítica del periódico. Nadie escapaba de su influencia. Esa mujer era más mala que el karma. Por eso viniste corriendo para hacer tu parte. Por eso te sentiste un tipo importante. ¿Quién te lo iba a decir, Rusa de mierda?

Tomas el lápiz y dibujas la ye por donde pasarás el escalpelo. Es una lástima. Ayer lo afilaste y este cuerpo no se merece tanta delicadeza. Quisieras ensañarte con ella. Olvidarte de los años de servicio y el profesionalismo. Te gustaría tratarla como trataba a los demás. Como animales. Tomas el bisturí y comienzas el corte limpio. Detienes la operación. Levantas la mano. Animales. Buscas en tu memoria el incidente de los gatos. Seguro Oriente recuerda los detalles. No se le escapa una. La Rusa promovió la idea del veneno. En Salud Pública se alarmaron ante la muerte simultánea. Hablaron de contrarrevolución. De terrorismo. Más de cincuenta gatos muertos. Más de cincuenta. No solo esparció el tóxico en su trabajo. Lo obsequió a los compañeros. A los vecinos. A los enemigos. Se te revuelve el estómago solo de pensarlo. Una mujer con tanta cultura. Asesina de gatos. ¿Qué habría pensado Borges? ¿Era Borges el de los gatos? ¿Qué habría dicho la Loynaz? Hundes el bisturí en la abertura. Tu mano tiembla. Ignoras la razón. Sudas ante el cadáver de una mujer. Un cuerpo igual a tantos. Colocas el instrumento junto a la Rusa y te quitas los guantes. Un trago de ron puede calmar tus nervios.

Llevas más tiempo del necesario en la preparación del cadáver. El teléfono suena. Levantas con la certeza de la voz ronca que hablará del otro lado. Es de la Osa.

los presupuestos. El turno de sentarse junto a la presidencia y aplaudir en los actos con mesura. De dar entrevistas. De morir de un infarto al miocardio.

Dicen que era implacable con sus trabajadores. Por su culpa Augustico, el escritor, se volvió loco y la mujer se le fue de la casa con la chama. Recuerdas a Augustico. Los campeonatos de dominó. Las lecturas de sus cuentos y sus poemas. Eran buenas historias. Escritas con la gente. Con el sudor de la gente del barrio que sale cada día a trabajar. Pero la Rusa se le atravesó en esos talleres a los que van los escritores. No se te olvida la cara de aquel hombre cuando hizo el cuento después de una partida. Daba pena mirarle a los ojos. Jamás volvió a aparecerse con sus escritos que tanto te gustaban. Dijo que los críticos le habían apagado el deseo de crear. Él mismo se fue apagando poco a poco por culpa de la Rusa. La gente dijo cosas. Recuerdas las palabras de Oriente. “Uno no puede guiarse por las críticas. Hay mucha maldad en el mundo”. Pero tú sabes que detrás de todo estaba ella, porque Augustico se le había metido entre ceja y ceja. Por su culpa se le trancó la data.

Por eso no la querían en la Casa de Cultura. Por hijaeputa. Tú mismo pasaste por la funeraria y no viste a los pintores, ni a las bailarinas, ni a los escritores. Tampoco había nadie del teatro. Solo algunos jefes sentados en los sillones y conversando animados. Algunos que no pudieron zafarse porque sería una actitud inadecuada. Inmadurez política. Ir a su velatorio era una tarea más y esperaban el féretro para burlarse. Para convencerse de que se marchaba para siempre. Les viste en los ojos la alegría. La Rusa ya no estaba en el camino. La mirada expectante. El deseo de sentarse junto a la presidencia y aplaudir en los

La intranquilidad de la turba le alertó la cercanía de la guagua. No fue difícil subir. Un golpe de suerte lo ubicó bien lejos de la habladora compulsiva y se sostuvo con trabajo al respaldo de uno de los asientos para limitados físicos. Un anciano de barba exuberante, matizada por la suciedad y la nicotina, le pidió el bolso.

—No pesa nada. Gracias.

—Hace bien en no darlo —lo sorprendió el anciano entrecerrando los ojos en una sonrisa de fumador incorregible.— No es mi caso, pero se han visto cada historia en las guaguas... La gente te pide el bolso y cuando te lo devuelven está “limpio”. Son especialistas. Es la muerte, lo digo yo. La muerte no. ¡Peor que la muerte!

Otra vez la referencia al más allá le pareció inapropiada. ¿Por qué las personas tienen tanta fijación con morir? Él no sabía mucho de esas cosas. Nunca pensaba en eso. La fábrica no le daba tiempo para pensar. Tenía que cumplir la norma, velar a la supervisora para tomarse un descanso y participar en todas las actividades asegurando que no le quitaran la estimulación a fin de mes. Eso y los viajes del trabajo a la casa y de la casa al trabajo eran ocupaciones demasiado complejas para pensar en morirse. Como aquel cuento de Francisca, siempre había algo que hacer. Cuando uno se mantiene ocupado no piensa en la muerte. Recordó a su gato y experimentó un ligero sobrecogimiento.

Caminó hacia el fondo del ómnibus y recostó su cuerpo al cristal donde se leía el cartel de SALIDA DE EMERGENCIA. Pensó por un momento en que, si se presentaba una emergencia, todas las personas de la guagua no podrían salir por un espacio tan reducido. Por otra parte, si la emergencia sucedía al final de la guagua

era más aconsejable bajarse por la puerta de entrada. Se rio de sus pensamientos. A fin de cuentas, siempre era bueno tener una salida de emergencias. Un lugar donde evadir los problemas y facilitar las cosas. El cacareado *plan B* para no cansarse de la vida demasiado temprano y verlo todo desde otro ángulo en el que los problemas no tomen las riendas.

Inspeccionó a los pasajeros. Solía hacerlo a veces para pasar el tiempo. Muchos de ellos coincidían a diario con él en la guagua a la salida del trabajo. Los veía ir y venir con sus costumbres. Casi los conocía, aunque nunca les había dirigido la palabra. La rubia de los lentes se bajaba dos paradas antes que él y siempre hablaba por teléfono. El señor del bigote canoso, con su habitual humor de perros, leía la página deportiva del periódico y comentaba en voz alta. Los dos agentes de SEPSA protestaban en un susurro por la hora en que los habían relevado los del otro turno y la pelirroja del tatuaje se quedaba dormida con los audífonos puestos y levantaba la vista cada vez que el aire de la compresión empujaba las puertas con un sonido sordo. Unos más, otros menos, esos eran los viajeros de siempre. Rostros familiares que de alguna forma buscaba entre los demás. Eran un poco como su viejo amigo Moscow. No necesitaba hablarle, o conocer su vida antes de que se lo encontrara a la salida de la fábrica. Él solo estaba allí. Formaba parte de su día a día y en ese papel completaba un espacio que otro gato más bello o más inteligente no podría ocupar. Aquellas personas estaban predestinadas a compartir la ruta un viernes en la tarde con la complicidad de reconocerse entre los habituales y sin saber nada unos de otros. Tomás pensó que, ante una emergencia, le habría gusta-

cuentas, era la mujer más linda de la ciudad. Y fue de Oriente y tuya. Mansita. Sin protestar.

Revisas el certificado de defunción. Infarto al miocardio. Preparación para velatorio. Te alegra que no pidieran la necropsia clínica. No les interesa saber la causa real de la muerte. Sabes que no tendría sentido. La muerte viene por caminos diversos. Cuestión de karma. En el papel pueden poner lo que les venga en gana y con la firma del doctor de la Osa será verdad. Nadie puede cambiar el curso de las cosas.

Infarto al miocardio. Karma. ¿Quién iba a pensar que a La Rusa le explotaría la bomba? Una mujer tan fuerte. Que por valor o estupidez dejó su tierra para asentarse en Cuba. Una mujer con clase. La piel blanquísima. Los ojos azules como la playa en Varadero. La Rusa sí sabía lo que era Varadero. Seguro no faltaba en su agenda de vacaciones en los tiempos de las vacas gordas. Pero las vacas gordas se acabaron. Dejaron de llegar los paquetes desde Europa. Nació la chiquilla y terminó el trabajo en la embajada. Se fue acabando todo porque en la Unión Soviética nada salió como se había pensado. Algunos dicen que fue blandenguería política. Tú sabes que fue el karma. El cambio debió notarse en la mesa de La Rusa. La sospecha hirviendo flores de majagua para su samovar... Pero no se rajó ante las penurias. No abandonó la pose. La actitud de dirigente que no cae al piso. Que nunca se estrella contra una piedra. La triunfadora a pesar de las dificultades. Solo le asignaron otra tarea. Una de intelectual, frente a la Casa de Cultura. No se te ocurre qué demonios hace una rusa dirigiendo la cultura en un municipio de esta isla. ¿Quién vendrá ahora a ocupar su lugar? Seguro muchos esperan su turno. El turno de decidir dónde poner

bajo el ombligo. ¡Putá! Mil veces te pasó por el lado y viró la cara con asco. La escuchaste criticar tu olor a tabaco y mírala ahí. Sobre tu mesa. Ya lo dijo aquel sabio Calderón: La vida es una mierda. Los sabios también hablan cochino cuando hace falta. Los sabios pueden estar llenos de churre por dentro, aunque aparenten vivir en la perfección. Pero esta no. Esta se creía una diosa y caminaba por las calles como si fuera de otro mundo. Ahora está ante ti. Ante el Cuco que va a prepararla para que de verdad sea de otro mundo. Ahora tendrá más peste que tu tabaco. La vida es una mierda. Solo la muerte hace justicia y sin embargo todos la desprecian. Una mierda...

Pasas los dedos por sus senos. Están duros. Te preguntas si es solo el rigor mortis o todavía... Detienes tus dígitos curiosos en el agujero sin afeitar. Con los pelos rojizos y alguna cana. Si Oriente pudiera compartir contigo la decadencia de esta mujerzuela. Si pudiera... No puede. Sacudes la cabeza. Está de guardia el doctor de la Osa y es mejor no arriesgarse. Mejor le cuentas luego, en el negocio de La Flaca, y vez como se le hace agua la boca. Si fuera el otro turno de guardia, el de Fernández, otro gallo cantaría. Esperarías a que se desapareciera con la seño de ocasión y llamarías a Oriente para divertirse juntos. Como aquella vez, cuando trajeron a la bonita. La bailarina desgastada. El residuo de lo que fuera la mujer más hermosa de la Habana. Dicen que muchos hombres se la disputaban. Iban a verla al teatro y le llevaban flores. Oriente y tú la tuvieron a su antojo. Sin pagar un peso. No importa que la belleza se escondiera detrás de las arrugas. Bien sabes que el tiempo enmascara la esencia de las cosas, pero no la quita. Esa está ahí. A fin de

do que aquellos seres salieran de la guagua sin ningún contratiempo.

De pronto el artefacto rugió su golpe de aires y por la vena cuadrada de la puerta salió el plasma de gente en un chorro que se diseminó en la acera en lucha con los que querían subir.

Tomás miró el reloj y abrió la revista en una página al azar. Los movimientos de la arrancada lo hicieron perder el equilibrio. El tono de los pasajeros comenzó a subir. Levantó la vista. En el centro del ómnibus sucedía algo que a la distancia no lograba descifrar. Las voces llegaban hasta él con frases sin sentido. *«Es un descaro. Me cago en su madre. Yo lo vi cuando iba a bajarse. No se puede confiar en nadie. Luego dicen que la juventud está perdida»*.

La curiosidad lo hizo abandonar su zona de confort y sin pensarlo caminó hacia la puerta del centro. Entre el permiso formal y el necesario empujón se hizo espacio hasta encontrar una posición que le permitiera entender el barullo. En medio de los comentarios estaba la mujer de rostro masculino, con la cara enrojecida y un brillo de tristeza en los ojos. Movía la cabeza de un lado al otro intentando responder a los que le hablaban al unísono.

—Me dijo, el muy cabrón, que le diera el bolso para llevármelo. Era un viejo. Un viejo calculador con su carita de santo. Ya no se puede creer en nadie. Hasta lo ayudé a levantarse cuando llegó su parada. Íbamos conversando sobre la vida. Cosas sin importancia. Pero me cazó la pelea. Tengo el corazón en un hilo. Pregúntenle al compañero que estaba conmigo en la parada.

La mujer señalaba a Tomás que, entre nervioso y contrariado, hizo un gesto de aprobación. Sin darle tiempo

a reaccionar, la señora se acercó entre los cuerpos apretados y lo abrazó. Quiso desaparecer entre el tumulto. Deseó que alguno de sus colegas de trayecto lo salvara de aquella incómoda situación. Necesitaba de inmediato una salida de emergencia. La mujer no dejaba de llorar agarrada a su cuerpo con fuerza.

—Debe calmarse —alcanzó a decir—. ¿Fue mucho lo que le robaron?

Sus palabras hicieron la magia. La dama se separó cuanto le permitió la multitud dejándolo libre. Pasó un pañuelo sucio por su cara y sonrió con picardía.

—Se equivocó de víctima. Por suerte no traía nada de valor en el bolso. Lo único que me molesta es que se llevó un sobre de veneno que me regaló mi hija. Hay un gato en el vecindario que no me da tregua con la carne.

Tomás cerró los ojos y todo se quedó en silencio. No escuchaba el ruido de la guagua transitando por las calles porosas de Artemisa, no oía a la mujer en su monserga de sucesivas explicaciones, ni siquiera percibía sus propios pensamientos. Su mente estaba en blanco. Aquella tarde se le pasó la parada.

Karma

Karma: En la religión de la India, sujeción al encadenamiento de las causas.

PEQUEÑO LAROUSSE ILUSTRADO

El cuerpo de una mujer desnuda nunca pasa desapercibido ante tus ojos. A pesar de los años en el oficio la carne de hembra despierta tus apetitos. Activa tus glándulas salivales. Te gusta sentarte cerca. Saberte dueño. Dar riendas sueltas a tu imaginación. Te figuras la carne, ahora fría sobre la mesa de preparación, con el color y la textura de la vida. Jadeante sobre la sábana limpia. Pidiéndote que seas su hombre. Que el agarre bien fuerte. Que le des nalgaditas mientras *el animal* desbroza su bendita caverna hasta ahora cerrada para ti porque eres el Cuco. Porque el Cuco es un mierda y no tiene donde caerse muerto. El Cuco vive en el barrio más malo de Artemisa. En una porquería de barbacoa a punto de caerse. Por eso el Cuco tiene que guardarse las ganas y mirar desde lejos. Quedarse quieto. Criar a mano al *animal* o reservarlo para las masas frías de la morgue. Aquí todas responden a sus deseos. Aquí el Cuco es la ley y todas le deben respeto.

Tu vista se pasea por las curvas. Ya se estaba poniendo vieja la muy cabrona. Tiene patas de gallina en los ojos. Nunca te hubieras imaginado esa mariposa tatuada

*Muerte o vida, ambas me son indiferentes,
mi alma declina toda preferencia.*

WALT WHITMAN

*Hay tendida hacia el fondo de los seres, un eje ultranervioso,
honda plumada.*

¡La hebra del destino!

CÉSAR VALLEJO

*Afuera
continuará la vida manando sin usted.*

ALBERTO RODRÍGUEZ TOSCA

Censura

—¡Son solo para mí! ¡Yo soy mi mejor lector y a partir de ahora me convertiré en el único!

La mujer lo acusó de haberse vuelto loco y el niño tampoco encontró sensata la decisión. Aún así la respetaron y Augusto comenzó así una nueva etapa en su vida.

Lo que más disfrutaba era salir a la calle y conversar con los vecinos sin hacer alusiones a sus escritos. En el barrio llegaron a decir que estaba enfermo. La presidenta del Comité designó una comisión porque “el compañero Augusto dejó de escribir y no podemos quedarnos de brazos cruzados”. El de vigilancia dijo casi en un susurro que podía tratarse de “una maniobra del enemigo para desestabilizarnos”. Los del *team* de dominó optaron por no hablar del tema para preservar el espíritu del campeonato zonal. En la bodega nadie se le acercaba con el molesto “¿Qué hay de nuevo, escritor?” Habían dejado hasta de traerle sus libros anteriores para que los dedicara.

Augusto vivía en la gloria. Disfrutaba sobre todo sus visitas a la Casa de Cultura. Llegaba siempre antes que todos y se acomodaba en la misma silla, junto a la pared. La única con respaldo firme. Desde aquella posición ejecutaba sus disparos de francotirador. Hablaba sin miedo. Sin guardarse ninguno de sus pensamientos. No temía al desquite de sus compañeros, ni a la ira de los invitados de la Unión de Escritores en la provincia. Era consciente de su

inmunidad. Nadie podría devolverle el gesto porque nadie tenía acceso a su más reciente producción literaria.

Después de unos meses la producción de Augusto había crecido considerablemente. Escribía con fruición. Las primeras obras resultaron excelentes. Una segunda oleada de cuentos no le pareció tan buena. Estaban plagados de las mujeres fuertes y los maridos sin gracia de Chejov. Llenos de la soledad y el pesimismo de Hesse. Por momentos caía en interminables descripciones. No lograba el disparo de Hemingway. Se le escapaban las palabras. Sus historias dejaban de ser creíbles y cuajaban en simples fábulas *escuálidas y conmovedoras*. Algo había dejado de funcionar.

Su primera conclusión fue que necesitaba salir un poco. Recoger experiencias y llenarse de mundo. No podría escribir buenos textos si su receptáculo vivencial estaba casi vacío por tantos días de enclaustramiento. Sin pensarlo dos veces se dispuso a llenarse los pulmones del aire de Artemisa. Compartió con los carretilleros y los bicitaxistas. Sostuvo una discusión acalorada con un revendedor por el precio de las malangas. Se ganó una bofetada por tocarle las nalgas a una mulata en el bulevar. Se tomó unos granizados y en el parque Libertad recitó a José Ángel Buesa con dos homosexuales. Por unos días vivió las emociones de la ciudad. Cambió la forma de vestir e incorporó palabras nuevas a su vocabulario. No sirvió de nada. Sus poemas aún le parecían flácidos. En sus cuentos faltaba color y fuerza. Algo no estaba bien. Augusto comenzó a molestarse.

—No es posible que mis días como escritor terminen así. Tengo planes, ideas... Un hombre tiene el derecho a morirse de hambre en el anonimato y ser reivindi-

soltarlo, el hombre enarca un poco las cejas y adopta un tono grave en sus palabras—. Al menos tú vas a actuar esta noche.

...

—Siento llegar tarde. Feliz aniversario—. Javier abre los brazos y recibe a su esposa con un beso en la frente sudada.

—Feliz aniversario, amor.

Él sonríe. La noche es joven. En este mismo banco del bulevar se conocieron hace seis años. Es una muchacha sin una belleza notable. Sin nada que destaque. Una mujer de alma transparente sin la que no concibe su existencia. Javier la observa detenidamente. Tanto tiempo juntos y nada ha cambiado

—¿En qué piensas?

—En este mismo banco nos conocimos hace seis años. ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo.

La evocación del pasado la hace cerrar los ojos. Él la imagina en el éxtasis de los recuerdos agolpados uno sobre otro. Vivencias acumuladas. Planes aún por realizar. Javier estará ahí para cada asunto. Ahí para cada paso importante. Para ella.

—Soy una mujer dichosa.

—Eres la mujer perfecta.

—Me gusta cómo te queda esa camisa —el rostro de la joven se ilumina—. Vamos, te invito a un café.

Javier piensa en las tazas humeantes con motivos orientales. En el brebaje caliente saliendo en un hilo a través de la llavecita del samovar. Esta noche no puede haber una tragedia.

—Es nuestro aniversario. Pediremos un té.

—Una victoria de teatro. Del drama.

—Es una apreciación interesante.

—¿Quieres otra?

—Dispara.

—La Flaca no te conviene.

—Eso lo decido yo. ¿No te parece?

—¡No te conviene!

—Hace mucho que somos amigos, Sebastián. Nunca me he metido en tu vida...

—Es muy difícil unir el argumento de tu vida al argumento de la vida de La Flaca. No tienes nada que ofrecerle.

—Esa decisión no es tuya.

—Lo digo porque te estimo.

—Yo también te estimo. Eres como un padre para mí.

—¿Pasarás por la casa más tarde?

—No. Te dije que tengo un compromiso.

—A esta hora La Flaca no vendrá a ensayar. Cuando lo haga tendré que halarle los güevos. Tiene que entender que esto es algo serio.

—No lo lleses tan recio.

—Si te embullas más tarde pasa por la casa. Mi mujer compró unos mameyes para hacer batido y las niñas preparan un desfile de fantasías.

—Será otro día. ¿Puedo pedirte una cosa?

—Lo que digas.

—Dile a La Flaca que lo siento mucho. Que no pude quedarme a esperarlo. En la próxima puesta estaré en el palco como siempre.

—Cuenta con eso, Javier. Pásenla bien esta noche.

—Sebastián se pone de pie y extiende la mano en gesto de despedida. El joven la toma y sonríe afable. Antes de

cado después de muerto para pasar a la historia como un incomprendido más de su época. Como un adelantado de su tiempo. Recibir el premio por la obra de toda la vida como preámbulo del deceso cercano. Todavía en la televisión nadie me llama maestro. Aún no han llevado mis historias al cine.

Todo estaba bien diseñado en su cabeza. Lo había previsto milimétricamente. No era posible que sus proyectos se frustraran por una mala racha.

—Quizás me vuelvo demasiado exigente conmigo mismo —pensó—. A lo mejor es tiempo de compartir mis escritos con otra persona.

El problema era encontrar esa otra persona. No quería regresar a la rutina de antes. Todos opinando sobre su trabajo. Todos exigiendo un poco más, como si se tratara de cantar y coser. Todos hundiendo los dedos en su carne para sacar el extra. “Puedes hacer algo mejor”, decían en la Casa de Cultura. “Me falta algo y no sé qué es”, anotaba su esposa. “¿De dónde tú sacaste a ese personaje?”, cuestionaban los vecinos en la mesa del dominó.

Eso no era lo que Augusto quería para su vida. Tenía que pensar. Caminó por el cuarto con las manos juntas detrás de la espalda. Necesitaba concentrarse en una solución que le permitiera obtener un criterio especializado sin exponerse mucho. Un mecanismo en el que no arriesgara su estabilidad emocional ni perdiera la privacidad de su nuevo estilo creativo. Después de varios días de búsqueda tuvo el alumbramiento. En el librero, junto a sus manuscritos y algunas obras de referencia de Baudelaire, Rimbaud y Verlaine, estaba el pequeño dinosaurio de peluche con que su hijo jugaba en la infancia. Con un ojo de menos y un pequeño descosido

en la espalda. Era perfecto. Aquella criatura afelpada conocía de memoria su estilo. Había escuchado sus lecturas en voz alta. Dormía junto a las páginas sueltas de cada ola productiva y era el más indicado para ayudarlo a reencontrar el camino de regreso a la iluminación. Sabía que el pequeño peluche era incapaz de salir a la calle a revelar sus secretos. Lo conocía imparcial en sus criterios. Podía confiar en él con los ojos cerrados y lo nombró su editor y crítico de cabecera.

Poco tiempo pasó para que Augusto descubriera que estaba en lo cierto. El dinosaurio de peluche era un socio ideal en su nueva empresa de escritor solitario. Tenía arte para encontrar las palabras precisas y ayudarlo en la reescritura. A veces lo ponía de mal humor con su afición a Bretón y Huidobro, pero casi siempre coincidían en los razonamientos. El pequeño muñeco de un solo ojo perfilaba las metáforas en su poesía. Enmendaba sus cierres y, a veces, lo hacía desestimar la idea de un cuento desde el esbozo por una conexión intertextual en la que Augusto no había reparado. Se hicieron los mejores amigos. A menudo pensaba en la suerte de tener a un crítico y editor tan capacitado. ¿Qué dirían los eruditos de la Casa de Cultura si se enteraran de su buena estrella? ¿Qué pensaría la rusa? Morirían de envidia.

Con la ayuda de su nuevo colega terminó dos novelas y un tratado sobre *La literatura de Borges y la explicación matemática del mundo*. Pasaba noches enteras compartiendo con el afelpado sobre sinestesia, poética y lingüística aplicada al discurso contemporáneo. Jugaban a adivinar las tendencias y estilos de los escritores noveles y compartían el té que preparaba su esposa, aunque el pequeño dinosaurio prefería el café.

—¿Qué harás si no llega?

—¿Quién?

—La Flaca.

—No sé. Hoy tengo un compromiso.

—¿Un compromiso?

—Una celebración.

—Pues deberías irte para tu celebración. La Flaca no tiene cabeza. Se enreda con su negocio de la cerveza clandestina y no viene. No puedo decirle nada porque esto no mantiene a nadie. O sí. Mantiene las carencias.

—También está la vocación.

—¿Lo dices por ti?

—No te fuiste cuando las incomprensiones.

—No me iría nunca.

—¿Eso no es vocación?

—Eso se llama comer mierda, mijo. A algunos de los que se fueron les fue bien. A otros les fue mal. Pero renunciaron al público. Renunciaron a los aplausos de los suyos.

—¿Aunque no sepan por qué aplauden?

—Aunque aplaudan cumpliendo un acuerdo del núcleo del Partido.

—Si quieres mi opinión, creo que estás a la altura del Maestro.

Sebastián sirve más té en la taza.

—Esta es mi realidad. Mi certeza. Hay quienes lo dejan todo por lo incierto. Arriesgan. Entonces deben estar preparados para ganar y para perder.

—Así es como funciona la vida.

—A veces no. Yo mismo no perdí. Cada día que paso trabajando para los míos es una victoria.

—¿Una victoria de Sebastián Mijares?

sobre las tablas un imaginario representativo, a través del cual penetran en el subconsciente del público con multilecturas y un excelente uso del espacio. Nada despreciable para aficionados...—Así comienza la reseña de la temporada anterior.

—La recuerdo. Pero no comprendo lo que dice.

—No dice nada.

—¿Mucha palabrería?

—Todas las críticas fueron muy similares. Nadie habló de la obra. Del mensaje... Se quedaron en la apariencia.

—Es una lástima.

—¿Sabes que es lo bueno?

—Seguro me lo vas a decir.

—Lo bueno es que, con una crítica tan deficiente en esta ciudad, ninguno se atreverá a hablar mal de nuestras obras. Hablarán mal de nosotros, pero el Maestro logrará mantenerse limpio, incorruptible.

—No tienes remedio.

—Soy legítimo. No por gusto llevo tantos años entre las tablas.

—Estoy convencido de que esta obra será un éxito.

—¡Y La Flaca no aparece! Te lo juro que cuando llegue le parto el cuello con mis manos.

—¿Y quién te hace el protagónico?

—Entonces le parto el cuello cuando acabe la función. Me va a matar de los nervios.

Por un momento Sebastián se queda pensativo. Parece meditar el riesgo de su pregunta. Camina hasta el pequeño samovar con motivos orientales y se sirve una taza de té. Disfruta sorbo a sorbo la bebida caliente. El calor que recorre su garganta lo anima. Observa al joven.

Bien sabido es que la felicidad en la casa de los pobres no dura mucho. A la familia no le hizo mucha gracia la idea de que el dinosaurio compartiera con Augusto aquella área de su vida que a ellos les estaba vedada. Puros celos, entendía él. Comenzó a darse cuenta de la incomodidad de su esposa cuando la descubrió espionando una conversación sobre el realismo sucio. ¿Qué sabía ella de corrientes literarias? Luego las preguntas.

—¿Te sientes bien, amor?

—De maravilla.

—¿No te parece que trabajas demasiado?

—Es una buena racha y tengo que aprovecharla. No te preocupes.

Comentarios más, comentarios menos, su nerviosismo era evidente. Luego de veinte años de matrimonio la conocía como si la hubiera parido. Quizás ella y su hijo debían socializar más con su asistente. Tenía que integrarlo a la familia para que se sintieran menos incómodos ante sus reclusiones creativas. A lo mejor la solución era invitarlos a alguna conferencia del dinosaurio sobre etimología, cubanismos o a un recital de haikus, donde resultaba una verdadera autoridad.

Sin pensarlo mucho comenzó a promover el acercamiento. Cualquier estrategia sería válida menos volver a compartir sus creaciones. Sentó al dinosaurio a la mesa para que los acompañara en la cena. Lo convidó a disfrutar la transmisión del partido de Industriales contra Villa Clara, a riesgo de provocar un desacuerdo por sus filiasiones deportivas. Le permitió acompañarlo a la final del torneo de dominó del barrio, con la única condición de que se mantuviera en silencio durante el juego. Discutió con su hijo la pertinencia de que el felpudo estuviera en la

foto familiar por su graduación de sexto grado. Fue peor el remedio que la enfermedad. Sin entender por qué, sus seres queridos rechazaban al dinosaurio. Al amigo que le había devuelto la pasión por la escritura. La esperanza del premio supremo a la creación perfecta. De nada sirvieron sus explicaciones. Su mujer se atrevió a sugerirle ver a un médico. “Yo sabía que esos viajes a la Casa de la Cultura y esas excentricidades te pasarían la cuenta tarde o temprano”, había dicho cerrándole para siempre el acceso a su cuarto. Su hijo no quiso más su compañía a la escuela, bajo la justificación de que en la secundaria no era necesario.

Augusto se vio forzado a irse a vivir a su estudio. Se negó a abandonar su sociedad con el dinosaurio. No era justo darle la espalda a quien le había proporcionado tanta dicha. Concentró sus esfuerzos y su tiempo en escribir. Escribir compulsivamente. Con la avidez de un colegial en su primer noviazgo.

Pero estaba dolido. La actitud de los suyos proyectaba una sombra sobre su carácter. Se volvió huraño, inaccesible, poco receptivo ante las críticas del reptil que ahora encontraba ambigüedades en sus manuscritos, incoherencias en sus historias y cacofonías en sus versos. Llegó al extremo de levantarse en la madrugada, mientras el pequeño peluche dormía sobre uno de los anaqueles del librero, para anotar algunas ideas sin la molestia de su filtro censor. Se hizo permanente su ausencia a las tertulias de la Casa de Cultura. Dejó de afeitarse en las mañanas y redujo la frecuencia de su alimentación a una sola vez al día y en cantidades mínimas. Su esposa había dejado de mirarlo con cariño. Ahora llegaba hasta su espacio improvisado con la insistencia de que un médico

esencia de las tablas. Los escucho hablar y me parece que son ellos los que actúan y nosotros los espectadores.

—Dices cada cosa.

—Digo la verdad.

—A muchos en la ciudad les gusta el teatro.

—Muchos quieren que el teatro les guste. No es lo mismo.

—Lo que sucede es que este es un arte elitista. No es para las grandes mayorías.

—Así debe ser. A mí me gusta que sea elitista. Me gusta que sea un arte para los selectos. Para los elegidos. Detrás de los aplausos siempre me queda una sensación extraña. Una duda que me desvela semanas enteras.

—¿Qué duda?

—¿Habré cumplido con el Maestro? ¿Estaré a la altura de lo que él merece?

—Te llevas demasiado recio.

—Dices eso porque no crees en mí. Piensas que no puedo llegar.

—Pienso que muchas personas aplauden porque les gustó la obra.

—Quiero enseñarte algo.

Sebastián se levanta. Va hasta un pequeño secreter de cedro. Abre una gaveta y extrae un trozo de papel doblado. Es un recorte de periódico. Lo sostiene a distancia. Se pone los espejuelos y lee en voz alta, como si se tratase de una representación, y el cuarto estuviera lleno de público.

—*La compañía de teatro local presentó este fin de semana una obra que pretende erigirse como un homenaje a Stanislavski. Una propuesta discursiva con sesgos estéticos variados. Los artistas del patio construyeron*

—Te repito que debe tener una justificación. La Flaca es profesional.

—Por lo menos así era.

—No faltaría por gusto a uno de los ensayos.

—Y tú eres su abogado defensor.

—Sabes cuánto se ha entregado a esta obra. No es justo que te expreses así.

—Tienes razón —Sebastián se sienta con un ademán exagerado—. Los días que preceden a un estreno siempre me atacan los nervios. Me pongo insoportable.

—Es lógico.

—Muchas personas no creen en esta obra. El Maestro es un gran incomprendido de la era moderna.

—Estoy seguro de que todo va a salir bien. ¿Te sirvo un poco de té?

—Soy yo quien debería servírtelo. Soy un pésimo anfitrión.

—Eres un gran amigo y lo sabes.

—Y tú eres como un hijo para mí. ¿Vendrás al estreno?

—Como siempre.

—No sé qué me haría si no te viera en el palco. Si te buscara entre los espectadores y no te hallara. Te has vuelto imprescindible para el grupo.

—Están mejorando. Al menos sirvo para atestiguar eso.

La risa del joven aparece limpia y llena el lugar. A los ojos de Sebastián asoma un leve brillo. Lo deja reír. Luego coloca su mano sobre la rodilla del muchacho y adopta un aire paternal.

—No te subvalores. Ninguno de los que vienen a las puestas del grupo tiene tu gusto. No conocen como tú la

amigo suyo quería conocerlo. “Sería solo una charla con el profesional”. Su hijo se negaba a cruzar el umbral de la puerta y, cuando la madre se lo pedía, corría llorando a su cuarto.

Con el tiempo, las discusiones de Augusto y el animal de peluche se hicieron cada vez más violentas. Algo había cambiado en aquella relación. Algo se había roto y no sabía cómo componerlo. Estuvieron varios días sin dirigirse la palabra. Augusto, sobre el improvisado catre, entregado a la lectura de un ejemplar de lomo grueso con el título ilegible. El reptil en su sitio del librero, con el rostro hacia la pared en actitud de silente protesta. El té enfriándose sobre la mesa. Las hojas en blanco. Absoluto silencio.

Una noche sintió movimientos en el jardín y se asomó a la ventana. Su esposa y su hijo subían a un camión. Habían cargado un montón de cajas y ella se le antojó deshecha. Entendió que había perdido a su familia. Se marchaban para siempre sin siquiera despedirse.

—Regresarán —se dijo—. Y si no regresan será mejor. Un hombre solo tiene más tiempo para pulir su obra.

Se fue a la cama y en pocos minutos se quedó dormido. Estaba convencido de que la mañana arrojaría alguna luz sobre los últimos sucesos de su vida. Traería ideas nuevas, argumentos... Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.

La esencia de la vida

—Pero, vamos, pasa a otro tema y canta la estratagema del caballo de madera que fabricó Epeo con la ayuda de Atenea; la emboscada que en otro tiempo condujo el divino Odiseo hasta la Acrópolis, llenándola de los hombres que destruyeron Ilión.

Recorres el aula con la vista. Buscas en tus alumnos una señal que te convenza de que vale la pena. Alguno que preste un mínimo de atención a la lectura. Sabes cómo son a esa edad. Eduardo escucha música en su teléfono y esconde los audífonos bajo el pelo largo. Ania disfrazada con el libro una revista sobre farándula. Lázaro y Rebeca se manosean bajo la mesa. Cada uno en lo suyo, ignorantes de los clásicos porque les importa un carajo la literatura. Y tú que te enervas porque viven sin juicio. Sabes que a esa edad la esencia de la vida se parece muy poco a tus ideas de hoy. Sabes que los héroes de esa edad no portan yelmos, ni armaduras, ni túnicas, sino que se masturban en grupo para mostrar su madurez temprana y dan consejos sobre posiciones íntimas que muchas veces ni siquiera conocen.

Odiseo va y viene por el aula, ignorado por los rostros impúberes. Ninguno se detiene a saludarlo. Varias veces valoras abdicar a tu triste papel de lector de tabaquería, de anunciante al que le cierran las puertas en la cara. Nadie quiere lo que vendes. A nadie acarician tus palabras.

Desde el palco

A Clara

En el camerino, Sebastián camina de un lado a otro con evidente impaciencia. Por momentos se detiene y mira al teléfono. Lo observa como si quisiera hablarle. Exigirle que suene de una vez.

—Esta noche va a haber una tragedia.

Tiene alrededor de cincuenta años. Unas greñas apenas cuidadas donde hubo pelo. Es de estatura mediana. El cuerpo, antes entrenado, deja ver las ruinas de unos músculos tenues. Unas cejas densamente pobladas bajo la frente resaltan en su rostro relleno. Puede decirse que es un rostro de abuelo prematuro, ahora marcado por la preocupación.

—No va a venir. Ni siquiera una llamada para justificarse.

—Debe tener una razón, Sebastián. Nunca actúa así.

El que responde es un joven de treinta años. Lo observa desde una cómoda butaca de escenografía. Lleva *jeans* y camisa. Las piernas cruzadas y el cuerpo inclinado sobre ellas, casi al descuido. Un ligero movimiento delata que también está impaciente.

—Sería bueno que te sentaras un momento. Me pones nervioso.

—Quedan solo tres días para el estreno. ¡Tres días! Faltan detalles por limar. Ajustes por hacer. Y la primera figura...

desnuda con el violín recostado a la barbilla. Las cuerdas tensas y Changó culpable de este montaje para el público de un solo hombre. Un safari de la noche en la que los instintos cazan el pecho voluptuoso. Ajetrean en las crestas un barniz de saliva. Siento sus manos apretarme como bejucos de monte. La diosa contorsiona. Muerde mis labios. En un segundo soy el tronco sagrado del continente negro. Un rey atado en la bodega del barco que avanza hacia el escarnio. Por un instante no distingo lo que soy. Changó sonríe.

La muchacha aún jadea. Su cabeza descansa en mi pecho. Acaricio su pelo, ahora menos pelo. Palpo su lasitud. Me descubro en sus ojos vidriosos y perdidos. ¿Quién entiende a los dioses? Busca mi boca y la beso. Nada puedo negarle. Marioneta al fin de voluntades que me sobrepasan. Guardo las armas.

Me escabullo entre las sombras sin volver la vista. En sus manos marchitas escurro los veinte pesos. ¿No sé si se los debo? Se supone que un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer. Marilú no lo entiende. ¿Aún estará despierta? Doblo la esquina en sentido contrario. Lo intentaré mañana con un mazo de uvas y un tabaco. Hoy no me siento digno de tocar a la puerta. Estoy sucio. Camino por la acera como un puto de mierda.

Pero estás de pie, frente al aula. Con el libro en la mano. Y te dices que el maestro es una especie de dios en su espacio. Piensas que algún día hallarás al discípulo digno de tu tutela. Entonces todo será distinto. Por él valdrán la pena estas lecturas. Sonríes. La idea te estimula. Un día hallarás el alma de donde puedas extraer la esencia, provocar el descubrimiento. Entonces no te importará que Yumi converse con Lorena y un hilo de limpia baba se escurra entre los labios de César. Quedarán sepultadas las amenazas de tu padre. Porque “Con tantos oficios en el mundo a quién se le ocurre hacerse profesor”.

Estás cansado. No debes cansarte. En esta guerra de símbolos, cansarse sería una derrota. No se trata solo de ti y de tu clase de literatura. Vuelves al texto cambiando el tono de la voz, en busca de una reacción en tus alumnos. Te encuentras con los ojos de Yanet. Sientes el peso de esa mirada de dieciséis años y entonces te das cuenta. Ella puede ser la elegida para romper tu sensación de fracaso. Yanet es una buena alumna y tiene ángel para las letras. Te escucha. El cuerpo inclinado ligeramente sobre la mesa. Los ojos encendidos por la curiosidad. El bolígrafo retozando en la boca. Acariciado de la base hacia arriba por la lengua inquieta. Desaparecido en la caverna oscura para emerger húmedo y detenerse entre sus dientes. Yanet que se desabrocha un botón de la blusa porque el calor es insoportable. Ella podría ser... Vuelves a la lectura.

—Si me narras esto como te corresponde, yo diré bien alto a todos los hombres que la divinidad te ha concedido benigna el divino canto.

Pocas cosas han cambiado desde que saliste de la universidad. Tu vida girando alrededor de los libros. Algunas

notas en tu investigación. La mirada condescendiente de tu padre ahora te esquivo. No recuerdas cuando renunció al enfrentamiento. La única novedad es el trabajo. De la casa a la escuela, de la escuela a la casa. Cada día por el mismo camino. Con las mismas personas, con los mismos saludos. El mismo ciclo una y otra vez. Ajustarte al programa. Ayudar en el cuidado de exámenes. La ropa manchada de tiza y regresar a la lectura sobre la cama vacía. Yanet podría hacer la diferencia. Convertirte en mentor. Ser el oído idóneo para sus textos. Aprender de tu mano el olor de las palabras. Ella podría ser la musa de tus nuevas creaciones y está allí, a pocos metros. Con las piernas abiertas y las manos sobándoles los muslos. Con la saya que, según el director, es demasiado corta. Con las medias blanquísimas cubriendo dos columnas de carne dura. Yanet parece tener algún talento escondido. En varias ocasiones has sentido la chispa en su lectura. La has visto con los ojos húmedos ante un verso. Yanet es diferente. Nunca se duerme en clases. Nunca baja la vista. Te escucha atenta. En ocasiones te parece hallar en su mirada una pizca de malicia. No es posible. Atisbos de pecado en una niña tan ingenua. En una niña que no tiene cuerpo de niña. Que no tiene mirada de niña y mueve el lápiz adentro y afuera con sensualidad. No puede ser. Adentro. Tu padre tenía razón. Afuera. Es una de tus alumnas. No la mires. Adentro. Esta no es profesión para hombres de tu clase. Afuera. El resto de los muchachos espera tu lectura. Se dan cuenta de que callas. Adentro. Necesitan otra vez escuchar tu voz para ignorarla. Para volver a lo suyo. Afuera. Te clavan sus miradas como agujijones. Adentro. Sientes un calambre en el bajo vientre.

—*Ya estaban los emboscados con el insigne Odiseo en el ágora de los troyanos, ocultos dentro del caballo...*

taburete. La muchacha espera a alguien. Parece nerviosa. Escucho el toque bajo. Discreto. Los tambores que llaman a la guerra. Siento el fuego que sube por mis venas y tengo miedo. Le temo a la noche. Quiero volver a casa. A mi esposa. A mi negra que me recibiría con velas encendidas en el altar y frutas de contrabando.

La muchacha me ha visto. Reconozco en ella el aire melancólico. La tristeza. El deseo. Los tambores no me dejan pensar. Mis ojos encuentran la mirada de esa criatura del desamparo. ¿Marilú? Esta noche Marilú está muy lejos. Marilú es ewe.

La muchacha me mira con insistencia. Se abre la bata. Mueve con ambas manos el paño amarillo y se contonea en la cadencia del batá que percute con potencia. Ella escucha también. Estoy seguro. Me atrevo a una seña y sonrío. Entro en la calle de la panadería. Espera un instante y me sigue. De pronto siento mi cuerpo ocupado por las ganas. Mi boca segrega la codicia por esa hembra. Un cuerpo bendito por los Orishas. Puedo sentir la miel sobándome la lengua. La muchacha se acerca. Agarro su cincha y el trueno funde lo que queda de la noche.

—Es solo carne —me repito.

Dejo de ser para volverme el dios que represento. La deidad que corona mi cabeza. Tacto su oreja con mi lengua. Me hago en el acto del timón de sus sentidos y humedezco su ingle con la fricción de mi experiencia. Los tambores se vuelven violines. La muchacha baila entre mis manos. Traga mi hacha voraz. Tiene el cuerpo macizo y cabalga sin miedo hacia la bendición de los Orishas. Su estrecha cueva me sorprende. La siento experta. Diosa. Madre de dioses. La siento noche. Marilú

rodillas, a los pies de Orula. La carne cada vez más débil. Mis bultos recogidos en la sala y esta negra metida en mis entrañas. No sé vivir sin ti. No tienes remedio. La culpa es del santo. Juro que la culpa es del santo. Podemos intentarlo. Desde el principio. Olofin creando el mundo con su aliento convertido en agua. Tú y yo predestinados como una sola carne. No sé vivir sin ti. El rayo apuntándome al alma. Te ayudo con la harina. Consigue tú la botella de aguardiente y el racimo de plátanos indios. El trueno y la erección sellando el pacto sobre la cama. El rencor en las sábanas como una mancha.

Lo de la yuma fue muy rápido. Nunca vio. Solo las lenguas le trajeron el eco de las historias. Las lenguas que saben más que los santos. Marilú acompañándome en las tardes. Un olor de camisas. La insistencia de mandarme a la calle cansado de raciones intensas de desnudez y convite. Mi retirada a tiempo. La fiesta en paz. Paz aparente. Un resguardo en el bolsillo por si los hijos de Oggún. Por eso Marilú hoy cierra la puerta. Muchas historias. Lo mejor es andar. Andar...

La noche me recibe. Sabe mi signo. Sabe que no soy un puto de mierda porque amo a mi mujer más que a mi sangre. Camino despacio. ¿Una ofrenda? ¿Una jaba de manzanas? Ser religioso a sobreprecio debería tener mérito ante los santos. Una manzana al menos. Roja. Brillante. Apetecible y jugosa como las hijas de Ochún. Cierro los ojos y siento el hacha que vibra. ¿Marilú? ¿Un tambor! Tarareo el toque. No soy bueno para tararear. Quiero chiflar y no puedo. Es ewe. Tarareo. Tarareo...

El bulevar oscuro. A lo lejos una muchacha sentada en un banco. En la otra cuadra un custodio duerme recostado a la pared del correo, sobre las patas traseras del

Afuera de una vez. Cinco minutos de receso. Necesitas ir al baño.

El baño de una escuela es el lugar más lúgubre. Con su aire grosero y periférico. La semioscuridad esconde un poco tu vergüenza. Necesitas a alguien que ordene tu cabeza y te permita ser un buen maestro. Necesitas con urgencia una boca sucia de cochinadas y morbo. Con el pañuelo limpias tu vergüenza. Quizás tu padre no te odia. Tal vez te conoce demasiado y sabe tu incapacidad para hacerlo bien.

El pañuelo se mueve. Registra los rincones. Cierras los ojos porque no quieres ver. Esos muchachos necesitan un paradigma. Creer en ti, con la voz segura y el libro en la mano. No son malos. Se te ocurre que cada uno tiene en casa un padre para restregarle en la cara sus fracasos. Un padre cruel señalando sus errores y amenazándolos con la frase profética. “Tu destino será terminar como yo. El resto es una mentira”. Debes volver al aula. Subes el pantalón y no sabes qué hacer con el pañuelo. Es la prueba de que aún te falta algo. Es todo lo que necesitan para ir en tu contra. Reflejo involuntario sin malas intenciones. Sí. Yanet no debería estar sentada en la primera fila. Es demasiado talentosa. Con ella al final les hablarás a todos para llegar hasta su oído. Será tu musa. Escribirá un libro y tu nombre en la dedicatoria. Pondrá tu foto en su mesita de noche. Ella dormida a tu derecha. Tú contemplándola desde la foto. Siendo su ángel de la guarda. Diciéndole a cada hora que ella sí puede.

Alguien se acerca. Sientes un miedo terrible. Cuando te das la vuelta, Yanet sonriendo. ¿Qué hace aquí, en el baño de los varones, en el rincón más sucio del mundo? Te reta con la mirada. Te desafían sus dieciséis años. La

juventud está perdida, piensas. Perdida definitivamente. Ignoras cómo se extravió hasta este punto. ¿Cómo ibas a saberlo? Solo eres un profesor que anhela descubrir en sus alumnos la esencia de la vida.

—*Pues era su destino que perecieran una vez que la ciudad encerrara el gran caballo de madera, donde estaban sentados todos los mejores de los argivos portando la muerte para los troyanos.*

Vuelves al aula con el rostro pálido. Notas algo distinto en la mirada de los muchachos. Por un momento te parecen criaturas arteras, agazapadas para abalanzarse sobre ti. Sus rostros se desfiguran. ¿Dejan de ser los jóvenes habituados a perder el tiempo? Se parecen al rostro sonriente de tu padre. Intentan sabotear tu voluntad. Te sientes en medio de una jauría presta a saltar en cualquier momento. Yanet entra en silencio. La cara mojada y algunas gotas de agua sobre la blusa azul. Va hasta su asiento. Baja la cabeza y deja caer el cuerpo. Quieres decirle que se levante. Que ocupe un puesto en la última fila, donde no encuentre siquiera su mirada. Quieres decirle.... Explicarle que la esencia de la vida no se consigue tan fácil. Que eres su profesor y no quieres fallarle. Por ella, por sus compañeros, por tu padre. Decirle que no puedes fallarte a ti mismo. Desistes por ahora. Tomas el libro. Aclaras la garganta y proyectas la voz para que llegue al último alumno del aula.

—*Y me suplicaba insistentemente que saliéramos del caballo, y apretaba la empuñadura de la espada y la lanza pesada por el bronce, meditando males contra los troyanos.*

hoguera, para que veas lo que cuesta jugar con el marido de una mujer de verdad. Voy a hacer un performance alrededor de la fogata. Después no digan que los negros no sabemos de arte elevado como los blancos. Enciende el fósforo, cabrona. La pública está rota y nadie va a llamar a los bomberos”. Los arañazos. La gritería. Luego la denuncia. El padre del *Ministerio*. La niña menor de edad... Dos gallos y una fuente de quimbombó crudo ante la batea. La vergüenza del adimú poniéndome en boca de los hermanos mayores.

Aquella escena no se le olvidó a nadie. Marilú volvió a abrirme las piernas y la puerta de la casa. Le juré asentar cabeza sin contar con los planes de Changó. Ya las jimaguas se habían confesado la fantasía común de compartirme. Pusieron en marcha una idea macabra. El *haier* roto. Ningún hombre en la casa. Las manos en la cabeza porque ese lloviznao no hemos terminado de pagarlo. Las blusas transparentes. Esta semana viene el pollo de dieta. Los pezones erguidos y señalándome. ¿Dónde lo vamos a guardar? Mi hermana es diabética. Las manos explorando mi cremallera. El colchón suave y la delicia de verlas sudar. Turnarse en las sesiones de leite. De *voyeur* familiar. De manoseo hasta el desgaste. Quedarme quieto entre las piedras consagradas y ver el hacha caer desde lo alto. Nunca supe si fue el chivatazo de un hijoeputa o era parte del morbo de las ocurrentes hermanitas de leche. “No te sulfates, Marilú. Hablemos como personas civilizadas. Él no tiene la culpa. Mi hermana y yo podemos explicarlo todo. Ven, siéntate. ¿Te sirvo un vasito de agua fría?”

Un hombre tiene que hacer lo que un hombre tiene que hacer. Marilú con dolores bajo vientre. Dolor en las

carne se ofrece. Cómo los ojos buscan indiscretos. Cómo el pellejo se pone chino con un saludo y se disputan a este negro para bailar, desconociéndola a ella que es mi dueña. Pero a esta vida cada uno llega con su letra y un santo asignado. El mío es dueño de la música, del tambor, del trueno... y de las mujeres. ¿Quién puede contradecir lo que escribieron los Orishas? A Marilú le toca saberse la única. La que quiero pa' darme los herederos de los santos que decidan quedarse cuando me vaya de este mundo. Es la única mujer que me estruja la vida y me pone a comer de su mano. La que puede llamarme pendenciero. Calentarse las manos entre mis piernas cuando duermo. Amanecer conmigo y darle de comer a mis santos. Pero no puede llamare puto de mierda. No puede porque no soy un puto y porque no me da la gana que lo haga.

Reviso mis bolsillos. La billetera se quedó sobre la mesa. Veinte pesos sobrevivientes del chinchal de La Flaca. Veinte pesos que se escondieron de mis ganas, porque ese maricón vende la mejor cerveza de la ciudad. Es toda mi fortuna. Veinte pesos. La noche abriéndose despacio y yo cargando la rabia de mi mujer. Su injusticia.

No me perdona después de aquella historia con Amandita.

—Por el cabrón racismo —dijo mi padrino. —Si no hubiera sido una blanca, la sangre no habría llegado al río.

Pero corrió la sangre. No sirvió jurar que no era nada serio. La *tierna* se apareció en el barrio con el invento de la barriga. Iba a darse candela. La cara que puso, la pobre, cuando Marilú salió con los fósforos y la botella de luzbrillante. “Si no te la das tú, te ayudo y hacemos una

Escritor de provincia

A Luis Carmona

A los profes y compañeros del taller

Te despiertas a las dos de la madrugada y el cuento aún está allí. Sobre la mesa. No es cierto que cobró vida y se fue dejándote solo antes de la presentación en el taller de jóvenes escritores. Fue solo un sueño de los que a veces te regala el subconsciente. Intenta volver a la cama. Lo peor es que tienes miedo. Aún el texto no es perfecto y lo sabes. Temes a la vergüenza de leer frente a los muchachos del grupo. Estarán a la zaga. Esperando una equivocación. Ansiosos por dilapidarte en la primera oportunidad. Sedientos de expresar tus deficiencias en voz alta. De disfrutar como te pones colorado.

Tratas de convencerte de que no importa. A muchos grandes no los han comprendido y hoy sus libros se agotan en las librerías. Pasan de mano en mano entre los lectores. Se replican como virus en el paquete semanal. A fin de cuentas... ¿Qué te preocupa? Estos son tus primeros pasos.

—No eres más que un escritor de provincia —te dices—. Deberías dejar la bobería y hacerle el amor a Merceditas.

Miras su cuerpo tendido de su lado de la cama. Te apetece. Buscas con la mano las respuestas de tu sexo.

Sabes que despertarla a esta hora será para ella el regalo que lleva días pidiéndote con indirectas y comentarios casuales. No hay respuesta entre tus piernas para esta noche sin ruidos. Algo te impide ser el macho alfa. El hombre de la casa, como te gusta tanto presumir. Un cuento inacabado se interpone entre tu esposa y tú. Agradeces, por esta vez, que la cama tenga dos lados y ocupas el que te pertenece. Necesitas descansar.

El beso de Merceditas te despide en la puerta. ¡Por dios, como te gusta esa mujer! Te alejas hacia la parada en busca de la guagua y de vez en cuando viras el rostro para confirmar que está ahí. ¿Habrás visto la navaja en tu bolso? No. Fuiste cuidadoso y ella solo quiere ver como desapareces en la esquina con tus ideas a cuestas y un cuento al que le falta algo. Quizás no debiste decirle. Sabes que se preocupa.

En la parada recreas el momento terrible. Seguro leerás después de Alina. Sus escritos siempre te llenan de buena vibra. Te divierte la forma en que mueve los ojos en cortos espasmos y sabe conversar. En el grupo hay realmente muy buenos escritores. Disfrutas su compañía y los comentarios después de las clases. A veces sugerentes. A veces sin sustancia.

Me encantó el último número de La Letra del Escritor. Dirá uno. Otros hablarán de la poesía sucia y las siquiátras querrán buscarle a toda la quinta pata con sus existencialismos y sus teorías diabólicas. Quizás hoy Yunia esté de buenas y te devuelva el saludo. No te importa. En el bolso va un cuento maldito. Lo escuchas reírse. Es un sonido casi imperceptible. Intentas ignorarlo. Ningún cuento de mierda te hará hacer el ridículo en la parada de tu barrio. Hoy no. Cuando todo acabe lo escribirás de nuevo y entonces tendrás el Nobel o ganarás un premio

Rojo y blanco

—¡No soy ningún puto de mierda! —Le grité desde la acera, bajo la mirada de los chismosos de la cuadra, acostumbrados a nuestros escándalos. Ya había cerrado la ventana del balcón. Me dio la espalda y me dejó retorcerme en mi impotencia como tantas veces.

Insistir no serviría de nada. Ya lo decía mi madrina. “Cuando esa negra mete la pata en la mancuerna lo mejor es dejarla sola y esperar a que se le pase”. Por eso me alejé despacio, sin saber a dónde iba. Por eso y para no partirle la cara al Cuco o a Oriente, que son dos cabrones y me miraban a la espera de que les diera participación en mis rollos con Marilú.

No es la primera vez que llego a casa con olor a cerveza. Después de tres años de matrimonio ella debía conocerme. Saber que me gusta tomarme un par de frías en el negocio de La Flaca. Que todo siempre no tiene que ver con mujeres. Debía saber que a los hijos de Changó no se les puede poner riendas. Fue mi padre el que me trajo al mundo con esta piel de trópico. Fue el mismítico Changó el que forjó estos músculos en el gimnasio improvisado del Rubio. Él en persona modeló mi cara para el encanto de las hembras. No es mi culpa. Ella debería saber.

Entiendo sus celos. Lo juro por lo más sagrado. A veces me pongo en su lugar. Debe ser duro ver cómo la

—¿En qué piensas? —pregunta con ternura—. Ya son seis años. Fue en este mismo banco...

Ella cierra los ojos y llena de aire sus pulmones.

—Pienso en que soy dichosa, y en lo linda que te queda esa camisa —le dice— Vamos... Te invito a un café.

de varios miles de euros. Te comprarás la casa nueva, más lejos de los suegros. Con una habitación para ubicar tu estudio y los libros amontonados y la pintura que te regaló Yamil. Eso será después. Será... Sonríes.

Recuerdas paso a paso la estrategia. Cuando el profe Luis mire por encima de sus espejuelos y anote en su libreta, algo anda mal. La seño fruncida de Nápoles tampoco es un buen signo. Pero lo peor es él. Saber que estará atento. Que saltará con su discurso desde el asiento. Con sus manos temblorosas y sus palabras desorganizadas. Juan Manuel te mirará con los ojos diminutos detrás de sus gruesos lentes. Luego enterrará la mirada en el suelo y dará sus criterios. ¿De dónde sacó el profe a ese muchacho? ¿Por qué le temes tanto? Pensando en Juan Manuel quitaste de tu cuento la alusión a Medea. Lo redujiste a solo dos cuartillas en la última lectura. No te gustó saberte escribiendo para él. Cambiando por él la obra que sudaste dos semanas frente a tu vieja Pentium. ¡Al diablo con el crítico! Un buen puñetazo en la sien lo ubicaría sin dudas en la zona de silencio. Eso te gustaría: verlo callado de una vez después de una lectura. Sería pedir mucho. Los hombres prácticos, aún cuando tienen ínfulas de escritores, no creen en milagros. Tú eres un hombre práctico.

...

Llegas tarde otra vez al aula en los altos de la biblioteca. La sonrisa perfecta del profe Luis te da la bienvenida. No escuchas a los compañeros cuando leen. Seguro hablan de mirar a la luna de noche. De jóvenes estúpidos o lesbianas contenidas con aversión a la soledad. Está leyendo Alina y aún no logras concentrarte. Fijas la vista en el cartel que prohíbe tocar el piano. ¿Para qué sirve un piano si no puede tocarse? Alina hace silencio. Un piano

necesita ser pulsado en todas sus teclas. El profe Luis da la palabra a los talleristas. Un piano que no suena es un piano muerto. Juan Manuel está de pie. La obra le gusta. El cartel. No entiende por qué la muda en el tercer párrafo. El piano. Le parece que no hay un equilibrio entre acción y resumen.

Es tu turno y caminas hasta la silla, frente al aula. Hazel comenta algo en el oído de su esposo. El joven sonríe. Todos te clavan los ojos como agujas de avispas venenosas. El peso del mundo se asienta sobre ti. Escuchas otra vez la risa contenida de tu cuento. El profe Luis aguarda. Merceditas que te dice adiós desde la puerta. Te aclaras la garganta. Tus manos tiemblan como las de Juan Manuel. Tu voz sale apagada. Ahora descubres las deficiencias en los renglones. Te sorprenden al final de las oraciones, entre los signos. Cuando dejas de escuchar la risa sorda de tu cuento te percatas. Has terminado.

...

Estás junto a la puerta al final de la escalera. Esperas a que todos salgan del aula como un rebaño. Desde tu posición los ves pasar. Ninguno alcanza a verte. Se alejan recitando sus monólogos de escritores de provincia.

Todavía no entiendes. ¿Por qué bajó la vista? ¿Por qué Juan Manuel no dijo nada cuando acabaste la lectura? Alguna pretensión macabra. Algún siniestro interés se esconde tras esos espejuelos y esa incapacidad para estar quieto que esta vez se vulneró para ignorarte. Lo escuchas bajar las escaleras. Estás de suerte. Viene solo y tararea a Sabina. Del bolsillo sale tu navaja mientras el codo firme lo aprieta contra la pared. La sorpresa en sus ojos te hace sentir seguro. Permites que su abdomen palpe la punta del filo peligroso mientras le susurras en tono impositivo:

Stanivslasky? Sus nalgas están hechas para esas manos ásperas. La contorsión domina un cuerpo que ya no es su cuerpo. Sucumbe a la catarsis. Entrega de una vez las armas.

Tan silenciosa como la bienvenida preparan un adiós. Disfruta que aún en ese instante le dedique una prolongada caricia. Cierra los ojos. En los minutos transcurridos no ha escuchado su voz, pero le ha hablado con todos los decibeles de su virilidad. Lo ve acomodarse el pantalón. Vuelve a besarla y se aleja, dejando algo entre sus manos.

Ella regresa al banco con el miedo de todos los regresos. Habrá lugares a los que será difícil regresar esta noche. Mira sus manos. Un billete de veinte pesos. ¿Veinte pesos? La noche es fría. ¿Veinte cochinos pesos? A lo lejos distingue los pasos de Javier. Es un buen hombre. Uno tranquilo que la entiende y sabe que ella es también una mujer tranquila. *La calle está muy mala.* A fin de cuentas, son seis años. Son también muchas obras por aplaudir. *Los muchachos están mejorando.* Es un futuro al lado de un buen hombre dispuesto a exhibirse con una mujer sin grandes atractivos. Unos senos pequeños y pusilánimes. Unas nalgas endebles: ¡Un cuerpo de veinte pesos!

Lo ve acercarse y contiene el grito con amenazas de descubrimiento y tragedia.

—Siento llegar tarde. Feliz aniversario —le entrega un beso en la frente sudada.

—Feliz aniversario, amor.

Sonríe. En sus ojos descubre una inocencia que le duele. Javier es un buen tipo. La noche es joven. ¿Podemos comenzar desde cero? ¿Podemos?

Mira de nuevo. El muchacho es moreno, del color del pecado. No tiene la más mínima vergüenza. Se muerde los labios y le hace un guiño. Ella revisa a sus espaldas. Detrás no hay otra. Devuelve la sonrisa y sabe que se sonroja. Él no podrá notarlo en este bulevar a media luz. Reservorio de sus citas con el destino. Culpable un poco también de sus desgracias.

El muchacho insiste con la vista. Presiona con sus ojos lugares olvidados. Su mirada es de carne y ella teme que Javier aparezca. Sabe que los instintos huirán esta noche. Repite en sus adentros. *Son seis años, seis años.* Lo ve partir hacia la calle de la panadería y no quiere dejarlo. *Seis años.* Un impulso la levanta del banco. Se funde a la penumbra como si en vez de calle fuese un río, y un Caronte de ébano la llevara en su barca. Entrecierra los ojos para administrar la luz escasa. Piensa en volver. De pronto una mano la toma por la cintura. Una lengua busca su oído acostumbrado a los aplausos de un teatro sin gracia. Suda como una atleta en la carrera de su vida. Como si la medalla fuera una salida de la monotonía. La garantía de un futuro. El joven la registra en su humedad. Masajea con maneras de experto. Siente su jadeo intermitente, el olor a cerveza, el sexo crecer bajo la mezclilla. Advierte que acaba de cruzar la línea de donde no se puede retornar. Donde solo es posible esa otra orilla de incertidumbres o lanzarse al agua. Sus senos saltan a la noche fría. Felices. Prisioneros por turnos de una boca caliente. Se sabe desnuda a solo una cuadra del bulevar y no le importa. No puede negarse. Una serpiente la registra, iza su morbo, la hace apretar los brazos con fuerza. Baila. Ignoraba que podía bailar. *Seis años. Seis largos años. ¿Qué diría Javier? ¿Qué pensaría*

—Habla de una vez o te perforo. ¿Qué le falta a mi cuento para la perfección?

El silencio es enorme. Solo tu corazón se escucha como un ruego. Tu corazón y el de Juan Manuel que tiembla hoy más que nunca presintiendo una tragedia. ¿Llegarías tan lejos? Te preguntas. En el fondo de tu bolso el cuento calla. Merceditas deja el portal para sumirse en sus quehaceres. Cuando un hilo de sangre colorea la blanca camisa, alguien intenta unos acordes desde el piano del aula.

La niña de papá

¡Quite esa cara de velorio, hija! Ya usted no es una chiquilla malcriada. El sacrificio que va a hacer hoy salvará a su familia. Cambie esa cara y camine. De los tragos amargos se sale rápido. Se beben de un solo golpe para confundir a la lengua y que el paladar no se entere.

Recuerde que también lo hacemos por su madre, que está sin trabajo. Cuando lo malo viene, viene junto. ¡Quedarse sin trabajo justo ahora que en la fábrica se me complicó la vida! Tenemos que ayudar. A cada cual le toca hacer su parte y usted ya es una mujer. Cuando la miro me parece mentira. Hace unos años era un pedacito de carne con los ojos abiertos. Mirándome desde la cuna. No se me olvida la cara de su madre. Ella quería ir a parirla allá, en su país. Como si tuviera un país distinto a este en el que lleva más de treinta años. Como si de allá le quedara algo más que el recuerdo. La imagen difusa de las estepas, el pan negro y el té. Hay que reconocerle eso. Lo abandonó todo y vino conmigo. Si llega a imaginarse lo que le esperaba en esta isla de batallas y sudores... Ahora no importa. Su madre se sacrificó por nosotros y a usted le toca hacer lo mismo. Cambie esa cara.

A mí tampoco me agrada dar este paso. Se lo juro por su abuela que en paz descanse. No soy un monstruo. Soy su padre y un padre quiere siempre lo mejor para su

Entonces ella rogaba que no los invitaran a la tertulia, para no escuchar al director citando a Stanivslasky. Levantando las copas en el brindis de siempre. Prefería las visitas al Café, reservadas para los días con plata. Las últimas jornadas se habían reducido a *el amor lo vence todo y vendrán tiempos mejores*. Había que ser fuerte. Solo una racha. La racha de un proyecto de vida que le helaba los huesos. La certeza de este día señalado sin un solo peso en la cartera.

—No importa. Haremos algo diferente.

—¿Diferente?

—Nos sentaremos en el bulevar. En el banco donde nos conocimos. Hablaremos de estos seis años juntos. Será sin dudas nuestra noche.

—Será una noche larga —pensó ella. Sonrió resignada.

Otra vez caminó con la vista la vía enlosada con sus bancos agazapados en la semioscuridad. Si al menos tuvieran plata para un café. Con un gesto de la mano disolvió la idea en el aire. Un café sería un lujo. Un café son diez pesos. ¿A quién diablos se le ocurrió ese precio? A lo mejor una mujer que no resiste celebrar otro aniversario junto a un hombre que silba en la ducha y toma un baño cada vez que hace el amor. Solo una desquiciada... Diez pesos...

Ve la sombra que se acerca despacio. No es Javier. ¿Un pervertido? No. Nadie se atrevería en esta zona, la más iluminada. Es un muchacho que pasea. Quizá espera también a su cita. Una mujer con suerte. Se da cuenta de que la mira. ¿Es bonito? ¿Qué ideas son esas, mujer? Sí. Luce muy bien. Le sonrío. Vuelve la vista, un poco por pudor, un poco para cerciorarse de que Javier no viene.

Aniversario

Acudía a la cita demasiado temprano o era Javier quien llegaba tarde. A veces el sabor a Javier le apretaba la boca provocando una mueca que se esforzaba en disimular. Era tan bueno, tan densamente bueno, Seis años de un amor sin altibajos podían ser seis años de un espesor hiriente. Dos mil ciento noventa días atados a una costumbre.

—No sé qué carajos hago con él —se preguntaba—. No lo sé.

Sus ojos lo buscaron a lo largo del bulevar. Había visto apagarse una bombilla, luego otra, otra, aquella frente a la peluquería, la de la Oficina de Correos... Casi todas se mantenían sujetas de los brazos de metal, como obligadas al escarnio público. Pensó en su aniversario. Ella también era una lámpara atada a un novio sin sorpresas. Una cena “especial” los domingos. El comentario del tiempo. Ir y venir del trabajo, el sexo desabrido y esporádico. De ladito, cariño. Estoy cansado.

Asistían al teatro solo a ver obras sin sustancia. Javier se reservaba los aplausos para sus amigos de la compañía local. Ella era un personaje de aquellas incursiones.

—¿Qué te pareció la puesta?

—Buena.

—Van mejorando.

—Eso creo.

única hija. La culpa es de los malos tiempos. De la mala racha. La culpa es de su madre que decidió quedarse sin trabajo cuando no sabe hacer otra cosa. Cuando todos dicen que la Rusa es la mejor en lo suyo. La Rusa escribe como los dioses y sale en el periódico. La Rusa no deja pasar una y ha consagrado a los grandes artistas, y reventado contra el suelo a los mediocres. La Rusa es un cuadro de primerísimo nivel y es una pena que se esté pudriendo en esa Casa de Cultura que le queda chiquita. En una familia todos deben apoyarse. Por eso a usted le toca tragar y dar el paso sin ver hacia atrás. No me mire así, que me parte el corazón. Yo lo he dado todo por esta familia. Nunca me imaginé pidiéndole un sacrificio como este. Si no fuera porque sus abuelos se suicidaron cuando el socialismo se fue a bolina, allá entre los pinos y los abetos de la Siberia. Si al hijoeputa de Anselmo no se le hubiera ocurrido echarme palante con el jefe por el robo de las cabillas. Si su madre conservara aún su trabajo. Si todavía quedara Unión Soviética no le pediría a usted un sacrificio así.

Piénselo bien. Ese cuerpecito suyo es una bendición de la naturaleza. Tiene que aprovecharlo, hija. El gordo José la mira con deseo desde hace tiempo. Usted era una niña. No se imagina lo difícil que era entonces verlo con la baba chorreándole de los labios. Con los ojos malos queriendo ensuciarle la infancia. Uno se da cuenta y quiere agarrarlo por el cuello y partirle la vida. Uno espera a que se atreva. Que de un solo paso para abrirlo en dos como una caña brava. Él no dice nada. Mira desde lejos y se babea. Sabe que uno no es comemierda y tiene sangre en las venas. Seguro cuando se quedaba solo en su cuarto jugaba pensando... Seguro jugaba.

Pero ese es el pasado. Todos en el pasado hicimos algo censurable. ¿No le parece? El gordo José no es una mala persona. A su lado podrá tener lo que su madre y yo no podemos darle. Mírelo como una inversión, hija. La tranquilidad de no acostarse con la zozobra del mañana. Otro día sin nada. Otro día repleto de ganas que no se saciarán. Otro día de mierda. Usted puede ser reina. Nació para ser reina y el gordo José tiene un castillo esperando por usted. Un castillo donde podrá mandar a su antojo.

Es verdad que el gordo José es un poco mayor. Eso no es malo. Con un hombre maduro usted puede aprender a caminar por la vida. Esos muchachitos amigos suyos tienen los calzoncillos mojados de orine. No saben ser hombres todavía. Hay que guiarlos para todo. Se cuentan las hazañas. Hablan de las mujeres porque no las respetan. Usted no vino al mundo para ser lazarillo de ningún culicagao. El gordo José es un hombre entero. Curtido por la vida. La ayudará con su experiencia y al final terminará enamorándose de él. Al amor hay que ponerlo donde rinda. Hay que llamarlo desde la comodidad, porque desde la miseria nos nace bajo de peso y se nos muere pronto. Yo sé lo que le digo. El amor vendrá despacio. Sin que se dé cuenta. Si no sucede al menos tendrá una compensación. Tendrá la vida que su madre y yo no podemos darle. Una vida de reina sin preocupaciones ni carencias. Una vida.

Si le va mal aquí estoy yo para defenderla, hija. Para borrar este pasaje y no se hable más del asunto. Pero los padres sabemos. Usted se acostumbrará cuando desaparezcan las necesidades. Con la barriga llena y los caprichos cumplidos se piensa diferente. Usted tiene la suerte de ser bonita, buena, inteligente... Habrá que dejar

Tres tiempos de una noche

está obligada a soportar tanta infamia. Una mujer tiene derecho a defenderse del pasado cuando viene a buscarla y a no dejar que vuelvan los fantasmas a romper su silencio.

¡La maldita Rachel! Otra vez pavoneándose desde tu admiración. Restregándose en la cara lo poco que valgo. Que no soy más que una corista de segunda sin posibilidades en su reino. Rachel que vuelve al centro del plató y levanta una pierna para tu baba blanca y gruesa de camionero viejo. Que mueve la otra para el brillo en tus ojos desorbitados. Rachel buscada en vano en el calor de mis pechos. Soñada en la caricia defectuosa a mis nalgas guardadas para tu aspereza.

No me dejaste opción. Fue tu culpa. Fue tu mano la que sostuvo el revólver y apretó el gatillo. Ahora estás quieto. No la piensas. No lloras su pérdida. Ahora estoy sola. Esperando que se enciendan las luces. Que el telón se descorra. Vendrán a buscarme. Me dirán asesina. Es probable que nunca me entiendan. No los culpo. Los hombres no saben. Seguro la admiraban. Disfrutarán quebrando a la única del grupo que se acercaba un poco. Me dirán asesina porque no me conocen. Que vengan. No voy a defenderme. La vida no es tan justa. Se ve distinto cuando una mira desde la segunda fila del coro mientras otra se lleva los aplausos.

claro el tema de la escuela. Una mujer que se respete no se contenta con depender de su marido. Los estudios seguirán, aunque sea en la noche y su madre y yo la acompañemos a la Facultad hasta llegar al doce grado. En eso seré claro con el gordo José. Confíe en mí.

Verá como las cosas cambian. El gordo José es *mula*. Viaja a México, a Panamá, a Ecuador. Trae paquetes y ropa para vender. Ropa buena. De marca. No como las baratijas que le compramos su madre y yo. Óigalo bien. Una niña de su edad debe lucir bonita. La gente dice que la muchacha que vivía con el gordo, la madre de sus hijos, tenía una blusa para cada día. Nunca la vieron repetirse una muda. Andaba siempre combinada. No le cabían los zapatos en el closet. Ella se fue de la casa con los niños y nadie ha vuelto a verla. Dicen que el gordo la mandó pa fuera en una lancha. Pa Miami. La mujer era celosa y quería al marido en casa. Ese fue su error y tuvo que pagarlo. Los hombres de negocios no pueden vivir en una casa. Poseen una casa, no la viven. Los hombres de éxito descansan poco. Tienen obligaciones. El ojo del amo engorda al caballo. El caballo del gordo es grande. Una pura sangre. Es una manada de caballos que corren de un país a otro cargando mercancías. Parecen hormigas. La mujer se largó para siempre porque él no se acordaba de las fechas. Tenía miles de cuentas anotadas en una libreta. Números de cuatro cifras, de seis, de siete. Pero no tenía anotada la fecha del aniversario. Ni la fecha del día de los enamorados. Ni el cumpleaños de los hijos. No tenía un maldito mural con las efemérides de cada mes y ella se fue por eso. Inmadura. Un hombre grande no tiene memoria para esas cosas. Con esas sandeces no se hace una fortuna. Ahora el gordo José está solo en aquella

casa enorme. Con su libreta llena de cifras y su soledad. Se tatuó los nombres de sus hijos en el antebrazo, para que no se les olvidaran entre tantas cuentas, inversiones, negocios. Se los tatuó en la carne porque la libreta es para otras cosas. Donde empieza el deber...

Ayer, cuando me dio botella hasta la casa, me preguntó por usted. De usted se acuerda porque dice que es especial. Siempre la quiso bien. El gordo José no es tan malo después de todo. Entonces lo vi todo claro. Me di cuenta de que nada sucede por gusto, hija. De la señal en mi camino. En su camino que comienza. Entonces supe.

Al principio no será fácil. El aliento de cigarro suave. La respiración de gordo que se ahoga. La risa escandalosa. Terminará adaptándose. Piense en su madre sin trabajo. Todos debemos sacrificarnos por la familia. El gordo José no siempre tuvo cadenas y el chevrolet del 59, y la casona de cuatro cuartos con aire acondicionado, y la piscina, y los viajes a Perú, a Martinica y a Chile. También se sacrificó. Luchó duro cuando era un muerto de hambre. Arañó la tierra inventando para hacerse un patrimonio. La cosa estaba mala. Usted debe aprender que un hombre puede volverse loco cuando la cosa está mala. Un hombre puede quedarse sin uñas de arañar la tierra. Arañar la calle. Arañar a otros hombres hasta sacarles sangre porque nadie escapa de los arañazos cuando está mala la cosa. Y al gordo le salieron uñas nuevas. Y dedos nuevos. Le salieron anillos de oro en los dedos nuevos y esa barriga fofa de alcalde de pueblo. Nunca la cosa ha vuelto a verse mala para el gordo. Si se decide, tampoco volverá a estar mala para usted.

Un día nos sentaremos a hablar de todo esto y va a agradecerme. Todas sus amiguitas no tienen un padre

—Esas playas son para Rachel.

Un hombre es incapaz de saber cómo las palabras la hieren a una. Cómo la rompen. Desde ese día supe que mis esfuerzos eran en vano. No tenía oportunidad en esa lucha desleal. Creo que respondí a su comentario con una sonrisa. No lo recuerdo bien. Lo que no se me olvida es su mirada acusándome de trasgredir el límite. De querer ser su hembra y tenerlo en lugares que me estaban prohibidos. Lo que recuerdo bien es la cita a escondidas. El cuchillo de cocina. El forcejeo y la sangre roja saliendo a chorros y manchando mis manos. No se me olvidan aquellos besos últimos arrancados a un cuerpo sin vida.

Los periódicos hablaron de suicidio. Algunos la acusaron a ella. No pasó de ser otra historia del momento. Otra delicia para las auras de la crónica social. Pensé dejar el teatro. Estuve sola en casa unos días. Esperaba en silencio que vinieran por mí. No me vas a creer. Pero en lo profundo quería pagar lo que había hecho. Aquel domingo tocaron a la puerta y estabas allí. Con tu rostro de camionero y la sonrisa bobalicona. Estabas allí preocupado, sin saber colocar las palabras. Intentando salvarme del mundo sin saber cómo podías salvarme de mí misma.

Todos estos años he intentado amarte. He dado lo mejor de mí en el sexo metódico y sudoroso. No tuve en cuenta tus poses de animal satisfecho. La grasa bajo tus uñas. Tu escasa plática. Fui tu mujer. Me hice tu mujer en el impulso de la gratitud. Quizás por eso la traición es más dolorosa. Duele más hondo escucharte decir que ha muerto la mujer más hermosa de la Habana. Hablar así de ella que regresa a perseguirme más allá de las tablas. Ella que extiende sus dominios a mi hogar construido con los pedazos que dejó de mis sueños. Una mujer no

Del grupo la que más consiguió acercársele fui yo. La fea de cara. La que se salvaba por el buen cuerpo y por haberse acostado con influyentes empresarios de la farándula a cambio de favores. ¿Qué sabrás de eso tú, que eres un camionero de mierda? La vida en el teatro es dura y una hace lo que tiene que hacer. Pero lo mío con Eusebio no fue solo por maldad. Lo amaba de alguna forma que no puedo explicar. Disfrutaba su compañía, su conversación. Cuando estaba conmigo me sentía una mujer y no un objeto.

No puedo negarte que a veces me asaltaba el orgullo de saber que me acostaba con su hombre. Es natural. Las muchachitas del coro sabían, pero mantenían el secreto. Se sentían vengadas de sus desplantes. De su belleza demasiado perfecta que nos opacaba a todas. Eusebio era discreto y bueno en la cama. Fue él quien me regaló los pendientes de esmeraldas. Los que te dije que eran la herencia de una tía. Cada vez que los usaba para ti recordaba sus manos. Lo miraba pasar al camerino de ella con el ramo de flores. Esperaba el desplante. El portazo y la carrera hasta mis brazos abiertos. Tenía preparada las caricias exactas. Él no la mencionaba. No decía su nombre mientras era de mis sábanas y de mi tiempo.

He pensado que algunas mujeres vienen al mundo con una mala letra. A Eusebio le di todo. Más de lo que tenía. Amamanté su orgullo muchas veces y me gané un espacio en su vida. Creo que llegó a amarme. Creo que hubiera sido mi hombre si no hubiera estado ella. Siempre ella.

Aquel día salimos del teatro y fuimos a mi casa. Jugueteamos un poco en la alcoba. Encendió un tabaco y se quedó mirándome. Era una mirada tierna. Una mirada que nunca he visto en ti. Le pedí que me llevara a la playa. A la de Carneado. Se puso serio y apagó su puro.

que les abra los ojos y entienda qué es lo bueno para ellas. Lo justo. Una muchacha como usted tiene el derecho a pasearse por el pueblo en una moto de esas modernas. A cambiarse el color del pelo todas las semanas. A comer en los mejores paladares. A tener un perro con pedigrí y llevarlo por la avenida donde todos lo vean. Una mujer hecha y derecha como usted no debe limitarse de invitar a sus padres a un almuerzo los domingos y admirar cómo su padre se sienta a conversar con su gordo. A conversar de tú a tú. Con la cerveza fría y un buen puro. Sin pensar en que tu madre se quedó sin trabajo. Sintiendo la dicha de un hombre cuando ve a su hija feliz. Acordando el futuro, las nuevas inversiones. Un cachorro de la próxima camada si se encuentra una perra a la altura entre los amigos de la casa.

Este mes no llegamos sin endeudarnos. Cuando uno saca y no echa termina endeudándose hasta los *güevos*. Termina lleno de mierda y sin saber cómo avanzar hasta otro día. Sin esperar el sol. La mesa servida para comerse otra deuda y otra y otra. Esperando a los acreedores detrás de la puerta con una escoba y sal. Una semana más. La sal comprada con capital ajeno. Veinticuatro horas de plazo o me llevo el televisor. Los intereses aumentan a cada segundo. A nadie le importa la mala racha. Nadie se fija en la jodienda de la vida ensañada contra una familia que intenta sobrevivir a toda costa. Usted puede cambiar todo eso, hija. Los meses volverán a tener treinta días. Cambiarán los términos. No habrá preocupación en los acreedores. Olvídense de los intereses. La familia del gordo José tiene crédito abierto en esta casa. La familia del gordo es mi familia.

Ya estamos en el lugar, hija. Por favor, cambie esa cara. Fíjese en qué belleza de casa. Todo eso puede ser

suyo si se porta bien. Es ahora o nunca. Cuando toque el timbre de la puerta será demasiado tarde. Si quiere regresar todavía está a tiempo. Allí tendrá siempre su espacio. Un espacio pequeño entre las deudas y la desesperanza. Entre las paredes que se vienen encima y el mal carácter de su madre sin trabajo. De este lado hay otra realidad. El futuro a sus pies. No me vire los ojos. Un padre no es un padre si no habla claro. Nadie la quiere como yo. Por eso la aliento a dar el paso que cambiará su vida. Un día me lo va a agradecer. Solo esperemos que esté en la casa. El gordo José es un hombre ocupado. Los negocios no se atienden solos. Hay clientes, responsabilidades. Hay dos niños a millas de distancia y muchas cifras que anotar en la libreta. Cifras, cifras... Quizás el gordo está de viaje. ¿España, Brasil, Uruguay? Vendremos en otro momento y así usted tiene tiempo para pensar. No me gusta su cara. Se abre una puerta. Estamos de suerte, hija. Debe ser una buena señal. Usted espere aquí que yo converso con el gordo. Debo dejar claros los términos. No me demoro.

...

Las cosas no salieron como yo pensaba, hija. La vida te sorprende. No se preocupe. El gordo dice que usted es una buena muchacha. La más bonita del pueblo. Seguro se llevarán bien. Hay que dejar que el tiempo pase. Vaya directo para la casa y díglele a su madre que no me espere para comer. Sea juiciosa y no se entretenga por el camino. Por ahí hay mucho canalla con la mente sucia y usted es todavía una niña. Adiós. No. Yo todavía no regreso. Pero cambie esa cara, hija. La familia es sagrada. Todos tenemos que sacrificarnos.

Última disonancia para Rachel

Siempre tuve la sospecha de que la amabas en secreto. No sé por qué, pero lo intuía. De alguna forma ella siempre ha sido una espina atravesada en mi garganta. Ahora lo pienso y entiendo que la vida se ensañó conmigo, confinada a ser una corista de segunda mientras ella se llevaba los aplausos. Ella recibiendo flores en el camerino y yo revolcándome con un chofer de camión en un cuartucho. Ella una dama de la selecta sociedad habanera y yo una burda prostituta más.

La gente habla mucho. La gente no se calla cuando se trata de la vida de los demás. A mi edad estoy convencida de que algo existe muy dentro de los seres humanos que los obliga a estar pendientes de lo ajeno. Esa costumbre edifica castillos y también los derrumba. Así pasó con ella. Era bonita. Eso nadie lo niega. La más bonita de todas nosotras que la envidiábamos en silencio. Hacíamos lo imposible para sabotearle las presentaciones. Nada resultaba. Salía al escenario cada día más radiante. Cada día más completa y con aquella voz que nos sacaba lágrimas de ternura y de rabia. Llegamos a seguirla para adivinar la curandera que la protegía. Llegamos a imitarla en lo que comía, en las maneras. Todas queríamos ser su doble. Era imposible. Ahora que te miro me doy cuenta de su influencia sobre los hombres. Cualquier estrategia habría sido en vano.